

doble movimiento hacia adentro y hacia fuera de la Iglesia.

Por último, la *tercera parte*, “Cultura – Poética – Hermenéutica. Momentos estructurales de una teoría del método dogmático” (425-626), condensa lo planteado en los capítulos anteriores, sobre todo desde la perspectiva filosófica de Ricoeur, mediante dos núcleos temáticos referidos al *lugar* de la teología y a la *hermenéutica*. En este punto, se capitalizan las sugerencias ricoeurianas para una hermenéutica teológica, que son puestas al servicio de una nueva comprensión de la tradición de la fe cristiana y de la teoría del método dogmático; el desarrollo se realiza mediante una *poética de la fe* y una *hermenéutica del Espíritu Santo*. En la apertura de esta parte, es Marie-Dominique Chenu quien acompaña con su voz: “Es precisamente el esfuerzo dramático del teólogo el sostener, en la fragilidad radical de sus proposiciones donde él la encarna, la percepción realista de la realidad misteriosa de Dios: dialéctica donde su poder triunfa sobre su debilidad – en la fe. «No hay teología, sin nuevo nacimiento».” (426). En el primer paso reflexivo, se propone “La cultura – nuevo «lugar» del trabajo teológico” (capítulo 8), mediante una nueva comprensión de la doctrina clásica de los lugares teológicos a partir de Michel de Certeau y de las nuevas autodecisiones del otro y del extranjero. En el segundo, se esboza una “Poética de la fe y hermenéutica del Espíritu Santo: momentos estructurales de la teoría del método dogmático” (capítulo 9). En la *poética de la*

*fe*, que traduce al ámbito creyente la poética de la cultura, se consideran las características concretas de las formas de vida de la fe conduciendo a la necesidad de un “discernimiento de espíritus”. Tal es el movimiento que se articula en la secuencia de los capítulos de esta parte y que concluye proponiendo, en el horizonte mundial de la Iglesia y de la fe, una tarea de la teología en el ámbito del discurso de las ciencias de la cultura.

Algunas consideraciones finales se recapitulan bajo el título de *visión de conjunto* (612-626). Se destaca aquí la reformulación de la cultura como “nuevo lugar teológico”: “la cultura no es sólo una dimensión que, dentro de las disciplinas teológicas, se trata en el campo de la ética (...), sino que es un momento esencial en la elaboración de la teología. A la dogmática le sobreviene, como se ha mostrado en los capítulos 8 y 9, la tarea de mostrar las dimensiones profundas de esta relación con la cultura, las formas de vida y las figuras de la praxis en su diversidad” (621). La cultura, en su cualidad de *locus theologicus*, constituye el aporte principal de esta nueva teoría del método dogmático; la propuesta de Eckholt es que, desde ella, puedan profundizarse los procesos de cambio en el mundo y en la Iglesia, implica asumir y conjugar adecuadamente la mirada *hacia* “el otro” y *desde* “el otro”. Posiblemente en esta perspectiva, desarrollada por la autora alemana sistemáticamente a lo largo de su obra, se encuentra uno de los mayores méritos de su *Poética de la cultura* como investigación: una propuesta metódica al servicio

del diálogo intercultural y, en él, del “reconocimiento del otro”. De enorme rigurosidad científica, la obra constituye una aportación fundada y prometedora para el método teológico en el actual contexto mundial, pluricultural e intercultural. La actualización profundizada, que se ofrece en distintos ámbitos de la reflexión teológica, resulta provechosa y adquiere en este libro la forma de investigaciones convergentes hacia una contribución en el campo de la teología fundamental. Al respecto, Eckholt ha escrito desde el paradigma de Emaús en “Teología” 84 (2004) 9-25. Es de esperar que el camino abierto siga siendo transitado y explorado en nuevos espacios de la cultura global y local, tanto por la autora como por quienes quieran sumarse a esta búsqueda signada por la travesía de las fronteras.

VIRGINIA R. AZCUY

---

GUSTAVO E. PONFERRADA, *Filosofía de la Naturaleza*, La Plata, UC@LP, 2004, 403 págs.

---

La Filosofía de la Naturaleza, acaso la primera gran aventura de la razón humana, ha tenido una historia tortuosa y desaparecida. Los primeros filósofos casi no pensaban en otra cosa. Sócrates y Platón, disconformes con sus resultados, la desplazaron a la categoría de un saber precario y conjetural. Aris-

tóteles, al fin y al cabo un platónico amante de la naturaleza, le devolvió la jerarquía de ciencia bajo el nombre de “Física”. Y acogió en sus dominios a todo el saber referido al mundo corpóreo, desde las alturas de la especulación sobre el Primer Motor hasta las disputas acerca de la reproducción de las abejas. Este panorama se prolongó, en parte por la merecida autoridad del Estagirita, y en parte por su alianza estratégica con la Iglesia en la causa de la integración entre razón y fe. Pero hacia el Renacimiento los errores científicos de Aristóteles, cada vez más evidentes, provocaron la caída de su doctrina filosófica, arrastrada por la corriente de las “nuevas ciencias”. A causa de lo que Maritain llamó, sin exagerar, un “error trágico”, estas disciplinas que hoy conocemos como Física, Química, Biología y otras, no sólo ocuparon el lugar de la Filosofía de la Naturaleza sino que acuñaron ese nombre por primera vez: Galileo reclamó para sí ese título al publicar su *Sidereus Nuntius*, y otros ilustres nombres de la ciencia, como Boyle, Newton, Lamarck, Dalton y Kelvin, llamaron “filosofía natural” a sus escritos. Los residuos de la vieja Física peripatética sobrevivieron a duras penas en los claustros escolásticos, y en parte por el ambiente favorable de la Contrarreforma y la expansión de la Compañía de Jesús. En el siglo XVIII pasa a llamarse “Cosmología”, a sugerencia del influyente C. Wolff. Pero ese nombre también le será usurpado por los estudios sobre el origen y la dinámica del Universo inaugurados por la teoría de la relatividad general, en 1917. Por entonces

la reforma de León XIII, liderada por la Universidad de Lovaina, sale al rescate de las fuentes del pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás. Pero el antiguo nombre de "Física" ya estaba instalado en la ciencia, que por un sano instinto buscaba diferenciarse de una filosofía por entonces sospechada de idealismo. Por eso se adoptó, nuevamente, la denominación de "Filosofía de la Naturaleza", quién sabe hasta cuándo...

Hoy esta disciplina no parece gozar de gran estima entre las instituciones universitarias. Una rápida y muy incompleta encuesta nos dice que la UCA y el Centro de Estudios de los dominicos en Buenos Aires han rebajado sus créditos a la mitad. Y en otros lugares, como la UNTA, la UBA, la Nacional de La Plata, la Católica de Córdoba, de Chile y de Santa Fe, en el Instituto Católico de París, en la Javeriana de Colombia y en la Sorbona, sencillamente no existe. Nuestra Facultad de Teología, por ahora, resiste.

Pues bien, he aquí en estos duros tiempos un nuevo libro, un manual de Filosofía de la Naturaleza criollo, firmado por el Padre Gustavo Eloy Ponferrada. Desde las últimas producciones del querido Dr. Bolzán no aparecían novedades en este campo.

Nacido en 1922, monseñor Ponferrada estudió en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata donde recibió las sagradas órdenes en 1949. Obtuvo el doctorado en filosofía por la Universidad Santo Tomás de Aquino de Roma. Ejerce desde hace más de medio siglo la docencia del nivel superior.

Es miembro de la Academia Pontificia Santo Tomás de Roma, Presidente de la Sociedad Tomista Argentina, Prelado de Su Santidad y Juez del Tribunal Eclesiástico Interdiocesano. Fue presidente de la Junta Regional de Educación Católica y Rector de la Universidad Católica de La Plata. Autor de 10 libros (entre ellos su recordada *Introducción al tomismo*, con varias ediciones), 68 estudios y 82 artículos. Declarado Ciudadano Ilustre de La Plata, honrado con el Premio "Leonardo Castellani" y recientemente homenajeado en un extenso volumen editado por su Arzobispo Mons. H. Aguer y el Dr. M. Sacchi con escritos de los más prestigiosos exponentes del tomismo actual. Mantuvo una estrecha relación de amistad y trabajo con Mons. O Derisi y fue alumno de J. Maritain en París, a comienzos de los 50. Sobrellevando algunos achaques, está hoy en plena actividad.

El origen de este manual son los apuntes de clase del incansable y polígrafo maestro que supe atesorar en mis tiempos de estudiante, aunque nunca pude disfrutar de sus lecciones. La Universidad Católica de La Plata, en un justo reconocimiento a la prolífica trayectoria del autor, ha hecho con esta edición un aporte inusual y gratificante a la literatura filosófica local.

Se trata, pues, de un ejemplo de manual clásico: estructura analítica, lenguaje técnico, información profusa aunque no espesa, y el típico sabor de la mejor tradición escolástica. Esto último podría ser desalentador para muchos, pero lo menciono como virtud ya que, a mi en-

tender, el texto resuelve muy bien el balance entre el rigor expositivo y la amenidad de la lectura. Podríamos compararlo, si se quiere, con un mapa carretero, plagado de surcos y referencias cartográficas que garantizan la debida orientación, pero al mismo tiempo diseñado con colores e ilustraciones que lo embellecen y aplacan su rigidez descriptiva.

El P. Ponferrada conserva en buena medida el estilo de la enseñanza pre-conciliar, de líneas severas y estructuradas. Pero con gran docilidad se las ingenia para presentar los temas sin argumentos aparatosos, sin frases latinas y sin la típica lista de abstrusas objeciones. Su prosa es invariablemente diáfana y precisa, y cuenta con la valiosa ayuda de un diseño prolijo, con diversos tipos de fuente. Así se acomodan con facilidad los datos que el autor ofrece generosamente.

Un párrafo aparte merece la detallada información científica que se ofrece para ilustrar cada tema. Este recurso no está tan apartado de la costumbre escolástica como algunos piensan, pero en el caso de Ponferrada se advierte una erudición considerable, refrendada por el detalle de la bibliografía. No se trata, pues, de un autor "cerrado" en la retórica anticientífica, o desinformado de las teorías en boga. Por el contrario, hasta puede sorprender en algunos casos su aquiescencia y permeabilidad a las propuestas del campo científico.

No obstante, este manual permanece a mi parecer dentro del clásico estándar de la literatura tomista. En primer lugar, por su doctrina y

su apoyo preferencial en la enseñanza del Aquinate. Y además porque su temario y su modo de argumentar siguen siendo típicamente filosóficos. En los últimos años han aparecido interesantes contribuciones a la Filosofía de la Naturaleza por parte de calificados profesores: W. Wallace, M. Artigas, S. Basti y otros. Sin embargo la tendencia de estos trabajos parece orientada hacia un mayor protagonismo de los conocimientos científicos como ingredientes asimilados en la Filosofía de la Naturaleza. Debo decir, ante todo, que esas intenciones están excelentemente realizadas, y son ciertamente bienvenidas. Pero esta suerte de *cross-over* epistemológico no carece de riesgos. Si bien acentúa con su ejemplo la vocación de diálogo e integración de los saberes que hoy felizmente se tiene tan en cuenta, parece descuidar un poco la identidad de las partes y tiende a diluir las fronteras. Además presentan el inconveniente pedagógico de una mayor demanda de preparación científica por parte de los lectores. Finalmente, se desluce un poco el papel propedéutico de la Filosofía de la Naturaleza respecto a la Metafísica. Por todo ello sigo prefiriendo los textos más filosóficos, aunque no desdeñen el intercambio con la ciencia. Y en esta línea reivindicó la propuesta del P. Ponferrada.

Acerca de la división de la disciplina y el orden asignado a los temas también hay un debate interesante. Algunos han preferido seguir la *via resolutionis*, partiendo de los aspectos más inmediatos a la experiencia de la naturaleza para desembocar, por últi-

mo, en el análisis de los principios del ente móvil (Hoenen, Boyer, Selvaggi, Millán Puelles). En este caso, sin embargo, la estrategia va más bien por el lado de la *via compositionis*, que parte de los principios y desciende hacia las cuestiones de detalle (así lo planteó el propio Aristóteles, y lo adoptan Gredt, Gardeil y Artigas-Sanguinetti). Mi experiencia docente no me ha dado una respuesta clara acerca de preferencias.

Para dar una idea de los contenidos principales del texto, mencionaré algunas tesis características que aquí se plantean:

la Filosofía de la Naturaleza *incluye*, hablando con rigor, el estudio de la Antropología Filosófica, en virtud del soporte natural presente en la esencia humana (50);

la Filosofía de la Naturaleza y las ciencias particulares se distinguen realmente, conforme al análisis casi insuperable que nos ha dejado al respecto J. Maritain (47);

hay una exposición acogedora y muy ilustrada sobre la teoría de la evolución (74-93);

en la línea de la fidelidad a la silogística clásica, defiende los argumentos tradicionales a favor del hilemorfismo, relativizando las pruebas aportadas desde el campo científico (174-179);

introduce la temática ecológica en relación al significado de las leyes naturales (230-232);

ofrece un estudio amplio y una posición moderada con respecto a temas neurálgicos como la acción (294-299), la individuación (339-354), etc.;

niega la existencia de los hiperespacios, aunque la discusión parece algo inconclusa (382-384).

Con la incondicional veneración que me inspira la figura del P. Ponferrada me atreveré a añadir algunas observaciones. Me parece que la presentación general y la bibliografía correspondientes a las teorías científicas están algo desactualizadas. Sin duda que alcanzan para el objetivo de abrir el diálogo y ejemplificar la orientación típica de una y otra vertiente. Pero valdría la pena retocar algunos análisis con aportes más recientes. Por otra parte, en su afán de presentar las distintas posturas acerca de una cuestión no queda suficiente espacio para exponer la solución y el capítulo puede dejar una impresión algo polémica. Esto también es bueno si se trata de evitar dogmatismos, pero puede perjudicar la elaboración de una síntesis por parte de alumnos no del todo habituados. Por último, opino modestamente que los temas de la cualidad y el tiempo han quedado un poco exigüos en su tratamiento. Una falla por cierto no imputable al autor son las erratas que se han deslizado en la indicación de las referencias bibliográficas y en la transcripción de algunas palabras en caracteres griegos.

Concluyo, pues, agradeciendo al autor su pedido para presentar esta reseña y la deliciosa oportunidad de la lectura de un trabajo de calidad superlativa y que sin duda podrá ofrecer un importante servicio a los entusiastas alumnos de filosofía y teología.

OSCAR BELTRÁN